

RENÉE DE LA TORRE

**IDENTIDADES GAY**

Guillermo Núñez Noriega. *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, Programa Universitario de Estudios de Género/Miguel Ángel Porrúa, México, 2001.

El libro de Guillermo Núñez es el resultado de una investigación académica que indaga la manera en que se construye la identidad homosexual, en el contexto de Hermosillo, Sonora.

Este libro tiene muchas virtudes. Una de las más importantes es brindarnos el labo humano de una identidad social y culturalmente estigmatizada como es la de los homosexuales, específicamente la de los varones con preferencia sexual hacia otros varones. A lo largo de la obra de Núñez se analiza tanto el campo cultural que construye la diferencia e irhíbe la alteridad social, como las experiencias subjeti-

vas que van construyendo las pautas de una identificación social.

Muchas veces, los mismos académicos nos sentimos incapaces de transmitir interés por nuestros pesados y aburridos marcos teóricos. Incluso en las presentaciones de libros sugerimos a los lectores comunes saltarse esas partes del libro (que siempre van al inicio), con la intención de no hacerlos perder el interés por los siguientes capítulos. Sin embargo, en este libro eso es imposible. Primero porque la teoría acompaña cada una de las partes que lo componen, mismas que se derivan de un modelo de socialización propuesto por el sociólogo francés Pierre Bourdieu: el campo, el habitus y las prácticas. En este caso, no recomendaré que se los salten sino al contrario, que pongan mucha atención en ellos, pues aunque corresponden a los apartados conceptuales de un trabajo de investigación en ciencias sociales, tienen el mérito de hacer de la teoría una lám-

para de entendimiento y comprensión profunda y aguda del fenómeno estudiado. Pero, sobre todo, tienen el mérito de despojar de la "verdad verdadera" de la "moral naturalizada" o de la "verdad moderna arropada en discursos pseudo científicos" aquellos mitos a los que repetidamente se alude para explicar "la homosexualidad como una enfermedad", "como trastorno psíquico", "como una práctica antinatural", "como trastorno genético" o "como un problema de hormonas". En conjunto, estos discursos que sirven para argumentar las causas de la homosexualidad conforman el repertorio de ideas, argumentos, imágenes y narrativas a partir de los cuales explicamos las causas por las que algunos varones tienen preferencias por experimentar el placer erótico con otros de su mismo sexo. Sin embargo, el autor nos hace ver que la homosexualidad ha existido siempre como práctica erótica, pero como categoría de la diferencia es "una creación

histórica, un producto de la clasificación social, del poder de la representación que es al mismo tiempo un poder de diferenciación social, de distinción social" (p. 50). La categoría homosexual aparece en un campo de las representaciones en donde la masculinidad ha ocupado un papel hegemónico que, por un lado, desvaloriza y menosprecia los rasgos de la femineidad y que, por otro lado, desautoriza la sexualidad como goce y placer.

En la primera parte del libro, que trata sobre "El campo", Guillermo Núñez ofrece valiosas respuestas para entender la manera como el campo de la sexualidad está atravesado en primera instancia por la maquinaria del poder cultural y los dispositivos de la violencia simbólica. Para el autor, el poder no sólo reside en la capacidad que alguien tenga para dirigir el destino de las acciones de los otros, sino que se encuentra sobre todo en el ejercicio e imposición de la representación social, a partir de la cual se genera la

violencia simbólica. La violencia simbólica en la experiencia de los varones comienza desde etapas muy precoces, y se expresa en la estigmatización que los niños sufren al no actuar o sentir como se supone que los niños varones deberían, sino que demuestran sensibilidad por aquellas cosas o prácticas que han sido consideradas como parte de la sensibilidad femenina. El poder simbólico estigmatiza de afeminados o "maricas" a los niños que gustan de las flores, de la cocina, de la sensibilidad estética y contemplativa del mundo, de los juegos no violentos. A ellos desde temprana edad se les hace saber que son diferentes, raros, se les etiqueta como afeminados, como anormales. Desde niños se convierten en transgresores peligrosos del orden social de las representaciones que enmarcan los comportamientos e identidad de género.

Sin embargo, desde la propuesta psicoanalítica, se ha probado que los seres humanos tienen una naturaleza

bisexual, que se puede definir indiferenciadamente hacia el descubrimiento del placer con personas del mismo sexo o con personas del sexo opuesto. También apela que el fin de la sexualidad no es la reproducción (planteada por las representaciones religiosas), sino el erotismo. Para Núñez, el ser homosexual es una cuestión de aprendizaje individual, en un campo cultural que construye la desviación de la norma; es decir, la conciencia del ser anormal o diferente, que pasa por la experiencia y la socialización del erotismo y el placer sexual, dentro de un campo de fuerzas en el que se construye y se define la diferencia y posteriormente en la capacidad social de construir y negociar la identidad social.

Los varones que han preferido vivir su sexualidad y encontrar placer y amor al lado de otros varones, han sido catalogados como diferentes por el discurso heterosexual hegemónico. Los apelativos o categorías con que los miembros de la sociedad nombran esta di-

ferencia van desde la ciencia que los etiqueta como homosexuales, hasta los estigmatizantes de uso cotidiano como "jotos", "putos", "maricas", que condenan la diferencia como anomalía, rareza, perversión, brutalidad, violencia, etcétera.

En el segundo apartado, dedicado a "El habitus", la identidad homosexual se analiza no como una sustancia o un hecho consumado, sino como un proceso que pasa por distintas fases y niveles. Primero, la de tomar conciencia de su diferencia como exclusión de los valores de la normalidad; la segunda, de reconciliación consigo mismo o de aceptación de la diferencia a través del encuentro con una red de pares; tercera, y no siempre satisfecha, la reivindicación pública y social de la homosexualidad. Tanto la satisfacción de la experiencia erótica, como la búsqueda (no siempre deseada ni satisfecha) de relaciones amorosas se da a lo largo de este proceso. Los veinte varones que tienen voz en el libro de

Núñez, mediante sus testimonios personales sobre sus trayectorias de vida emocional, vivencial y sexual, manifiestan haber sufrido en carne propia la peor de las violencias, aquella que los tecnicistas de las ciencias sociales han llamado como violencia simbólica. Este tipo de violencia es sin duda la más potente, aunque no sea una violencia física que deja cicatrices exteriores; es sutil, movediza y abarcadora. La violencia simbólica es total y omnipresente, se manifiesta mediante el modelo de vigilancia panóptica (cuyos dispositivos se encuentran en las instituciones como la religión y el gobierno, así como en los ámbitos cotidianos por donde fluye la vida diaria); pero, sobre todo, se escconde y anida en las conciencias, en el interior de los individuos que forman parte del ejército de la autoflagelación, la culpa y la autodestrucción. Para Núñez, su contraparte sería el discurso consumista que libera al placer y lo convierte en un fin del consumo (aquí tendría yo algunas

discrepancias, pues considero que este sistema discursivo, si bien entra en contradicción con la moral religiosa cristiana, también genera exclusiones y violencia simbólica sobre el cuerpo y la sexualidad al imponer modelos estéticos corporales más valorados para obtener y dar placer).

En la mayoría de los testimonios contenidos en este libro la identidad de este sector social no se construye a partir de los valores positivos de la identificación; por el contrario, se construye a partir de los valores que los niegan y designan la diferencia. Sus primeras etapas de vida son experiencias de resistencia, de negación, de lucha interna entre lo que sienten y desean contra los imperativos morales y sociales que permanentemente los niegan y desprecian. Aceptar la diferencia no es producto de una conversión instantánea ni fácil, como parece indicar la metáfora utilizada de "salir del closet". Antes bien, es el resultado de una experiencia angus-

tiosa colmada de dudas, temores, vergüenza, arrepentimiento, menosprecio y miedos a la soledad, que han sido interiorizados de una sociedad normativa, donde ellos no tienen cabida.

Una segunda etapa de la identidad homosexual está dada por la aceptación de la diferencia. Un facilitador para la aceptación son las experiencias de socialización que se logran en los grupos o redes gays o círculos de ambiente. Éstos ayudan al individuo a reencontrarse en una red o comunidad que comparte experiencias y que permite la comunicación y reflexión de su situación particular. Los grupos de amigos homosexuales, la asiduidad a las fiestas, reuniones y prácticas culturales que se dan en los lugares de ambiente permiten que los individuos se acepten a sí mismos y a sus pares; es en estas situaciones donde los valores encuentran lazos de amistad, camaradería, solidaridad, comprensión, comunicación y sobre todo de cariño. La existencia de estos grupos

o redes es indispensable para reducir la ansiedad que produce el sentirse anormales y el miedo a la soledad como destino fatal. Desde estos espacios y prácticas los individuos descubren nuevos esquemas simbólicos, lenguajes, argumentos para valorizarse y romper con su propio yugo estigmatizador.

Un tercer paso, que no siempre se logra, es conquistar la aceptación de sus seres queridos, familiares, viejas amistades, compañeros del trabajo. Muchas veces la aceptación de la diferencia queda tan sólo referida a los ambientes (espacios y situaciones propiamente gays), que les permiten ser y mostrarse y ser aceptados de acuerdo con sus preferencias sexuales, manteniendo sus preferencias eróticas ocultas o resguardadas de sus mundos de vida cotidiana. Los ambientes gays van conquistando sus propios territorios en lugares oscuros, apartados, clandestinos o secretos; a ciertas horas del día, o con ciertos códigos y

señales de coqueteo o flirteo que han sido instituidos por los grupos y son compartidos por sus miembros, con el fin de que sólo ellos los puedan descifrar, aun en medio de ambientes no gays. En la fase de la aceptación de la diferencia parece fácil lograr experiencias sexuales, pero lo que es muy difícil son las experiencias amorosas. Llegar a tener una pareja estable no es un valor que todos quieran obtener, pero para quienes lo desean quizá sea una de las metas más difíciles de alcanzar, porque ello supone un grado mayor de aceptación social y de reivindicación homosexual.

Muchas veces la subversión o reivindicación homosexual también queda cercada al interior de los ambientes, en los cuales se recrean lenguajes hablados y corporales que transforman la manera de relacionarse con el mundo exterior. Esto se analiza de forma creativa en el apartado sobre "El camping" (capítulo 10), que en español se refiere a "jotear", y que consiste en

un juego de lenguajes o modalidad estética, que por un lado revierte el orden masculino al jugar con la feminización de las palabras y de sus gestos y actitudes, o el uso excesivo de diminutivos para darle otro sentido a las palabras, o en la excesiva y a veces burda manera de imitar los rasgos delicados o finos propios de los comportamientos femeninos, la parodia con que se ríen de ellos mismos. Con estas prácticas expresivas logran imprimirle un nuevo sentido estético a sus expresiones comunicativas que, por su carácter lúdico, burlesco y juguetón se puede apreciar como resistencia e incluso emancipación a la violencia simbólica de que han sido objeto. Sin embargo, estos lenguajes recreados por las comunidades gays no sólo contribuyen a crear elementos compartidos, sino también se usan para establecer categorías de sujetos para distinguirse internamente sea por los gustos eróticos, por los rasgos de feminidad o por la visibilidad de ellos. También

existen lenguajes que reproducen las diferenciaciones de clase al interior de los grupos homosexuales. Y también existen prácticas y lenguajes que continúan reproduciendo el modelo hegemónico de la masculinidad y, por tanto, de exclusión y la estigmatización. Un acierto del trabajo de Guillermo Núñez es que no se contenta con mostrar los rasgos que homogenizan una identidad homosexual, sino que también nos muestra la diversidad interna, los conflictos, los desacuerdos y los distintos niveles y modalidades en que los individuos se apropian o rechazan los modelos de estandarización del homosexual.

Muchas veces uno se pregunta: ¿por qué una elección sexual se convierte en un móvil político? ¿Por qué las preferencias sexuales (gustos, sentimientos y actos), siendo prácticas que se realizan en el ámbito de lo íntimo, construyen identidades sociales que se politizan? ¿Por qué los gays apelan por sus derechos al reconoci-

miento y valoración de la diferencia sin buscar integrarse como iguales al conjunto de la sociedad? Una respuesta dada por el autor es porque "el sexo entre varones está atravesado por violencias y respuestas a esas violencias" (p. 284). Es una práctica social atravesada por el poder, por lo que necesariamente tiene necesidad de politizarse. Otra inquietud sería qué tan positiva es la creación de agrupaciones que reivindican la homosexualidad. El autor es muy crítico ante este asunto pues, por un lado, considera que la reivindicación del sexo entre varones debe considerar la reivindicación permanente del carácter polimorfo y perverso del impulso sexual; por otro lado, alerta a que la reivindicación de la "homosexualidad" corre el riesgo de reivindicar la marginalidad, los estigmas y las clasificaciones sociales asignadas; a su limitación integradora o inclusiva de la diversidad de formas de ser al interior de este grupo; y por último a su incapacidad de vinculación

o articulación con otros individuos que comparten la necesidad de difundir una versión menos represiva y más humana de la sexualidad.

Sin embargo, el autor es también propositivo y en el apartado final titulado "Discusiones" (nótese, no conclusiones) invita a tomar acciones que contemplen la lucha por una educación sexual integral basada en el respeto y la equidad; la transformación de las leyes para evitar la discriminación; la lucha contra el acoso sexual en la calle, los centros de trabajo y las escuelas; la lucha contra la violencia doméstica; la atención integral y adecuada a los niños y niñas abusados sexualmente; la transformación de los Bandos de Policía y Buen Gobierno que garanticen el respeto a la diversidad de género; la transformación de los códigos civiles que sólo legitiman un tipo de relación matrimonial, la lucha por la atención de los enfermos de SIDA; y el fomento a los programas culturales que contribuyan a la creación de

una cultura de respeto a la diversidad en materia de erotismo.

Quiero expresar mi reconocimiento y valoración por este excelente libro, no sólo por su indiscutible valor académico de aventurarse al estudio de un tema poco explorado en nuestro país, tan delicado y difícil de tratar, o por su profundidad analítica pero a la vez respetuosa y comprensiva, sino sobre todo por su motivación para contribuir en la empresa siempre deseada y casi nunca alcanzada de humanizar la sociedad (incluyendo la sexualidad) en que vivimos.

Guillermo Núñez le apuesta a la ética como posibilidad de comunicación y encuentro de la diversidad cultural y no a la etiqueta que margina, excluye y siembra la semilla del conflicto social.

## MAGDALENA VILLARREAL MARTÍNEZ PODER Y AUTORIDAD DE LAS MUJERES DE RANCHO

Marta Chávez Torres. *Mujeres de rancho, de metate y de conchal*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1998.

Digno producto de El Colegio de Michoacán, el libro de Marta Chávez significa, para el lector, toda una experiencia rica en vivencias que se nos logra transmitir a través de una narrativa ágil y deliciosa. Conocemos de la vida cotidiana de las rancheras —de esas mujeres que habitan cerros inhóspitos de la zona jalMichana— de su trabajo, sus aspiraciones, sus penas y sus esperanzas. Pero no sólo eso, sino que a lo largo de la lectura se nos lleva a profundas reflexiones teóricas. Reflexiones que cuestionan fuertemente algunos de los estereotipos en los que se basan una cantidad de estudios de género y que redimensionan los conceptos de poder, de tiempo y de espacio.

Uno de los grandes aciertos del libro es el mostrarnos rostros. Acompañamos a Doña Margarita en sus quehaceres cotidianos, en sus diferencias con Maximino, su esposo, en su interacción con sus hijos y su cuñado. Conocemos de las relaciones de pareja gracias a Carolina y Gabriel, a María y Ariel, y a Isabel y Patricio. La división sexual del trabajo se discute en el seno del tejido social en el que se forja.

El seguir a los actores en sus mundos de vida, sus actividades económicas, sus acciones e interacciones no es un mero recurso literario, sino que proporciona rigor metodológico para analizar el entretrejimiento de factores que entran en juego en la vida social. Entre estos se incluye el contexto — tanto geográfico como socioeconómico—, el trabajo, las relaciones intrafamiliares, las relaciones de género, la educación, los valores, las prácticas discursivas y la historia particular de la región.

Pero la historia no es una serie de hechos desconectados de las vidas de las personas. Además de datos históricos generales, se da cuenta de los antecedentes desde el punto de vista de quienes ahora los reviven y los reinterpretan. Se siguen historias de vida, genealogías y relatos en los que la gente habla de “las cosas de antes”. Además, vemos los tiempos del presente en su interrelación con las actividades económicas y sociales, los tiempos marcados por los temporales, por las lluvias, el ganado y el maíz, por los momentos de diversión y de ocio. Así, el tiempo es multifacético, no sigue una simple evolución lineal, sino que es recreado por gente. Gente que recuerda y reconstruye.

El contexto geográfico y físico también es reconstruido socialmente, marcado por la vida y las costumbres, por la cosmovisión particular que establece fronteras, que cohesionan y divide. Los territorios no son simples localidades donde se desarrolla la vida cotidiana,

sino que son espacios forjados a través de relaciones sociales. Como dice la autora, en el espacio se proyectan sus vidas, sus prácticas y sus valores individuales o colectivos que, al ser tomados de su realidad, contribuyen al mismo tiempo a estructurarla. Los espacios incluyen el paisaje grande en el cual se ubican las labores y los hogares, pero también los pequeños rincones donde se cocina, el rancho de "en medio", donde la familia se reúne, el ranchito -el lugar de la intimidad y el descanso-, el rancho del queso donde los hijos ayudan a sus padres y donde se dan intercambios un tanto agrícolas entre la mujer y su marido.

El trabajo es eje central de la vida en la región. Además de proporcionar la sobrevivencia, es símbolo de dignidad. No se trabaja por un salario, sino que se "ayudan" unos a otros, se intercambian servicios y favores, o se compra con un animal o una joya. Los "buenos" maridos son hombres trabajadores, y las "buenas" esposas co-

mocen la agricultura y trabajan tanto en el hogar como en el campo. Hombres y mujeres trabajan "a un cuerpo" para sostener o acrecentar el patrimonio familiar.

La vida de las mujeres rancheras se estructura entre las maneras particulares de recrear e interpretar la historia, el contexto geográfico y el trabajo. Pero ellas no son las típicas víctimas, tampoco son heroínas. Son mujeres de carne y hueso que, si bien viven en medio de una serie de limitaciones, también se divierten. Hay quienes trabajan arduamente en el hogar y en el campo y quienes, a decir de sus vecinos, son más bien flojas. Las mujeres no están ausentes en las disputas por el honor, en las riñas. A veces son los chismes y rumores creados y alimentados a partir de sospechas y suposiciones de las mismas mujeres los que crean tensiones y conflictos.

Sin embargo, las mujeres juegan un papel fundamental en la economía ranchera. Papel que tiende a ser invisible.